

*La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*

Ivan Jablonka. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2016, 348 pp.

Probablemente Ivan Jablonka sea uno de los historiadores más polémicos de la actualidad. En dos de sus textos más recientes, *Historia de los abuelos que no tuve* (2012), sobre sus abuelos paternos víctimas de la Shoah, y *Laëtitia o el fin de los hombres* (2016), acerca del crimen de una joven francesa de 18 años ocurrido en enero de 2011, plantea que los historiadores deberían imaginar textos que sean a la vez historia y literatura. En *La historia es una literatura contemporánea*, Jablonka presenta las (ambiciosas) bases de su método de trabajo y elabora un manifiesto a favor de las ciencias sociales. Si bien el debate no es nuevo (podríamos remitir a numerosas referencias que iniciaron la discusión sobre el narrativismo en la década del setenta), es un punto interesante para reconocer que el historiador escribe y aquello que escribe no es un mero resultado sino parte fundante de la investigación.

El texto de Jablonka se divide en tres partes en las que expone las razones que separaron a la disciplina histórica de las bellas letras, alude a la vinculación entre el razonamiento histórico y la construcción literaria y muestra algunos de los postulados centrales de su manifiesto.

En la primera parte, titulada «La gran separación», el autor realiza un recorrido histórico para entender de qué forma la literatura influyó en los historiadores y da cuenta de la separación de historiadores y escritores a comienzos del siglo XIX. La aparición de un mundo académico con reglas propias y la formalización de la enseñanza de la Historia, llevaron, según Jablonka, a la escritura de «no textos», carentes de imaginación. Para la historiografía naciente en el siglo XIX, la ausencia de compromiso por parte del historiador, el abandono del «yo», pasaron a ser las garantías del modo objetivo y resguardo de la cientificidad. Es gracias a la escuela metódica que ganó fuerza la idea de la Historia como una exposición de los hechos tal cual ocurrieron y, por ende, alejada de la literatura, de los «microbios literarios» en una expresión cara al positivismo imperante. En el siglo XIX el historiador dejó de especular, abandonó la polémica y se convirtió en un notario de los acontecimientos.

A diferencia de sus colegas decimonónicos, Jablonka sostiene que la reconstrucción histórica y la literaria forman parte de campos distintos con elementos comunes. Quien escribe literatura recurre a la ficción, mientras que los científicos sociales utilizan «ficciones de método»: construyen personajes, elaboran hipótesis de trabajo, se vinculan con sus objetos de investigación, imaginan situaciones. Según el autor cualquier disciplina escrita que se concibe a través de un método es una «escritura de lo real» y tiene una vinculación estrecha con la idea de verdad.

A partir de esos postulados, en la segunda parte («El razonamiento histórico») Jablonka se pregunta qué tienen en común la Historia y la ficción realista, una novela histórica y los documentos de archivo. Aquí surge nuevamente la idea de la Historia como parte de un relato y las dificultades que atraviesa cualquiera que pretenda dar cuenta de una realidad. El autor explora los fundamentos epistémicos de la disciplina histórica, pero también de diversas formas narrativas que buscan comprender la vida social mediante un método que recurre a preguntas específicas, que se responden (o no) fundadas en argumentos y pruebas.

La ficción, sostiene Jablonka, no puede ser excluida de la construcción histórica, ya que, si se aspira a comprender las acciones de los hombres, es preciso recurrir a las ficciones de método que sirvan como especie de «modelo de prueba» para explicar los acontecimientos y evidenciar el razonamiento del historiador. Si en un texto histórico hay presentación o descripción de personajes, puntos de vista y una cronología precisa, claramente hay una ficción de método que intenta explicar procesos. Pensemos en algunos textos ya clásicos pero que en su época fueron disruptivos: *El domingo de Bouvines*, de Georges Duby; *Montaillou*, de Emmanuel Le Roy; *El queso y los gusanos*, de Carlo Ginzburg; *El regreso de Martin Guerre*, de Natalie Zemon Davis, o *El perfume o el miasma*, de Alain Corbin, en los cuales se expone en forma permanente la tensión entre las pruebas y la interpretación del historiador. ¿Cómo logra un historiador dar cuenta de los olores que percibía un habitante de París en el siglo XVIII? ¿Cómo es capaz Zemon Davis de evidenciar la actitud de Bertrand cuando el impostor Pancete asumió la identidad de un esposo perdido en una guerra del siglo XVI? Lo logran recreando escenarios, planteando diversas situaciones y probando sus hipótesis con documentación histórica. Estos tres pasos no anulan la imaginación histórica, la forma que el historiador se da para pensar por qué las cosas ocurrieron de un modo o cuál era la visión del mun-

do de hombres y mujeres de hace seis mil años. Y al mismo tiempo, ¿no siguen un método similar en sus obras autores no historiadores como Javier Cercas, Svetlana Aleksíevich, Rodolfo Walsh, Norman Mailer, Claudio Magris o Alberto Salcedo Ramos? Por tanto, pregunta Jablonka, ¿cuáles serán los límites de la escritura histórica? El autor no brinda una respuesta, pero pone en interacción distintas áreas que confluyen en la recurrencia a un método y a una narrativa.

En la tercera parte, titulada «Literatura y ciencias sociales», Jablonka establece una propuesta concreta sobre cómo lograr nuevas formas de escritura que reconcilien método y texto. Sus planteos apuntan sobre todo a hacer de la Historia una posibilidad de experimentación literaria, que no convierte a la disciplina histórica en literatura (en esa línea se aleja de los posmodernos). Eso implicaría «Abrir el taller del investigador, construir un razonamiento con vigas a la vista» (p. 309), mostrar las alternativas posibles para explicar un acontecimiento, evidenciar las interrogantes que guiaron la investigación o realizar un registro etnográfico sobre la peripecia del autor en el trabajo de campo, sea en el archivo o en la interacción con protagonistas de los hechos.

El libro de Jablonka resulta sumamente discutible. Sin embargo, plantea algunos puntos que interpelan a los historiadores actuales al sostener que la investigación se despliega en la narración (en «contar el método»), al defender la idea según la cual las ciencias sociales pueden tomar elementos de la literatura porque ningún procedimiento de escritura les podría ser ajeno y al plantear una serie de objeciones atendibles sobre el mundo académico actual. No basta con un manifiesto, con reinventar un método de trabajo, si no hay un cambio en la visión predominante sobre la investigación. La Historia (o la antropología, o la sociología) debería ganar, según Jablonka, en libertad epistémica: recurrir a la literatura para hacer de ella un rumbo narrativo que supuestamente reforzaría el protocolo de investigación, en tanto permitiría explicar con más fuerza de qué modo abordamos a una conclusión o cuáles fueron los elementos utilizados para realizar una reconstrucción histórica. La ambiciosa empresa que propone Jablonka no es menor, sus derivaciones son inciertas y los planteos centrales sumamente discutibles, pero bienvenido sea este libro-manifiesto si permite a los historiadores pensar la forma en que elaboran sus textos y contribuye a discutir las bases de la disciplina histórica que deberían estar en permanente renovación y cambio.

Nicolás Duffau  
Universidad de la República